
ACUNS

REPORTES y ENSAYOS • 1997 No. 4

Diez Años Después de Esquipulas: Mirando Hacia el Futuro

S.E. Dr. Oscar Arias Sánchez

La Serie de Discursos de
Distinguidos Líderes Mundiales



El Consejo Académico para el Sistema de las Naciones Unidas

El Consejo Académico para el Sistema de las Naciones Unidas

El Consejo Académico Para el Sistema de las Naciones Unidas fue creado en 1987. El Consejo “es una asociación internacional de instituciones educativas y de investigación, académicos, profesores, profesionales y otras personas que participan en el trabajo y el estudio de las organizaciones internacionales.”

Todos ellos comparten “un interés profesional en la promoción y el apoyo de la enseñanza y la investigación que profundizan y amplían nuestro conocimiento de la cooperación internacional.” Para alcanzar sus objetivos, “el Consejo dedica especial atención a los programas y órganos del sistema de las Naciones Unidas y otras organizaciones inter-gubernamentales y no gubernamentales.”

La administración del Consejo es la responsabilidad de un Consejo de Administración, elegido por los miembros en la reunión anual. El Consejo, como sus miembros, es de carácter internacional. El Consejo tiene su sede central en el Instituto Thomas J. Watson Jr. de los Estudios Internacionales de la Universidad de Brown en Providence, Rhode Island con una oficina de enlace en el Instituto Bunche de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. El Consejo tiene una serie de programas, incluyendo reuniones de investigación y política, una reunión anual, sesiones de entrenamiento, seminarios de verano para investigadores y profesionales jóvenes, becas para los estudios doctorales, así como un servicio “internet.”

El Consejo mantiene estrechas relaciones con la Secretaría de las Naciones Unidas y la secretaria de otras instituciones del sistema de las Naciones Unidas, como también con organizaciones inter-gubernamentales y no-gubernamentales.

Una revista en inglés, titulada *Global Governance: A Review of Multilateralism and International Organizations*, designaba “La mejor revista nueva de 1996” por la Asociación de los Editores Americanos en las áreas de empresas, ciencias sociales, y humanidades. Todos los miembros recibirán una suscripción. El Consejo también informa de sus actividades a los miembros a través de una serie de Memorando de Información, así como mediante las publicaciones que resultan de su programa de actividades.

Uno de sus objetivos principales es fortalecer el estudio de las organizaciones internacionales a medida que aumentan en número, actividades, complejidad e importancia en las relaciones internacionales. El programa desarrollado por el Consejo, está diseñado para promover la investigación, preparar nuevos materiales de enseñanza, favorecer la formación profesional de futuros especialistas y establecer sólidos lazos entre funcionarios internacionales y universitarios.

El Consejo está abierto a individuos e instituciones de todos los países.

DIEZ AÑOS DESPUÉS DE ESQUIPULAS: MIRANDO HACIA EL FUTURO

S.E. Dr. Oscar Arias Sánchez

Primer Discurso Pronunciado
por un Distinguido Líder Mundial

presentado en la
Décima Asamblea Anual de ACUNS
25 de Junio de 1997 • San José, Costa Rica

Reportes y Ensayos
1997 No. 4



ACUNS

Brown University, Box 1983
Providence, RI 02912-1983

Teléfono: 401/863-1274

Fax: 401/863-3808

E-Mail: ACUNS@brown.edu

Internet: <http://www.brown.edu/Departments/ACUNS>

Thomas G. Weiss, Ph.D., Director Ejecutivo

Melissa Phillips, Coordinadora de Programa

Janet Kalunian, Asistente de Programa

Kevin W. Dahl, Asistente de Recursos Humanos

Los reportes y los ensayos son publicados y distribuidos por El Consejo Académico por el Sistema de las Naciones Unidas son parte de su programa de expansión del conocimiento sobre los problemas de la cooperación internacional y el rol de instituciones internacionales. Sin embargo, los autores son responsables del contenido del trabajo presentado.

Todos los derechos están reservados bajo las convenciones internacionales y panamericanas. Ninguna parte de este reportaje podrá ser reproducido por medio alguno: electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabado, o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso previo del editor. Cualquier pregunta deberá ser dirigida a ACUNS.

ISBN 1-880660-14-8

ÍNDICE

<i>Sobre la Serie de Discursos de Distinguidos Líderes Mundiales</i>	i
<i>Sobre el Autor</i>	ii
<i>Diez Años Después de Esquipulas: Mirando Hacia el Futuro</i>	1

SOBRE LA SERIE DE DISCURSOS DE
DISTINGUIDOS LÍDERES MUNDIALES

La serie de Discursos de Distinguidos Líderes Mundiales fue inaugurada en 1997 por el Consejo Directivo de ACUNS. De acuerdo a los objetivos del Consejo Académico, esta serie expone el pensamiento de distinguidos líderes a los académicos, abogados, practicantes, y otros individuos interesados en asuntos internacionales y la gobernabilidad global.



SOBRE EL AUTOR

El Dr. Oscar Arias Sánchez, Ex- Presidente de Costa Rica, y Premio Nobel de la Paz de 1987, posee un gran prestigio internacional como vocero de los países en vías de desarrollo y como defensor del desarrollo humano, la democracia y la desmilitarización.

El Dr. Arias estudió Leyes y Economía en la Universidad de Costa Rica. En 1974, él recibió el Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Essex, Inglaterra. Fue profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Costa Rica y desempeñó el cargo de Ministro de Planificación y Política Económica. Fue electo Diputado de la Asamblea Legislativa de Costa Rica en 1978, y en 1981 pasó a ocupar la posición de Secretario General del Partido Liberación Nacional. Su elección como Presidente de la República tuvo lugar en 1986.

En 1987, el Presidente Arias diseñó un plan de paz para poner fin a la crisis regional. Ampliamente reconocido como el Plan de Paz Arias, su iniciativa culminó en los Acuerdos de Esquipulas II o el Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica, el cual fue firmado por todos los presidentes de los gobiernos de Centroamérica el 7 de agosto de 1987. En este mismo año le fue concedido el Premio Nobel de la Paz. En 1988, Arias destinó el contenido económico del Premio Nobel para establecer la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano.

DIEZ AÑOS DESPUÉS DE ESQUIPULAS: MIRANDO HACIA EL FUTURO

S.E. Dr. Oscar Arias Sánchez

Agradezco profundamente a las autoridades del Consejo Académico del Sistema de las Naciones Unidas (ACUNS) por haber escogido a Costa Rica como sede de la Décima Reunión Anual de este organismo. Me complace darles a todos ustedes la bienvenida a nuestro país y les expreso mi deseo de que esta reunión sea, para todas y todos ustedes, una fructífera experiencia.

Su honrosa presencia en Costa Rica se produce en momentos en que nos preparamos a conmemorar el décimo aniversario de la firma del Plan de Paz, marco de un proceso de pacificación y democratización que, si bien no ha concluido todavía, nos permite decir que, por primera vez en muchas décadas, las mujeres y los hombres de nuestra región podemos esperar un futuro sin violencia. Queda, ciertamente, mucho por hacer, pero no debemos ocultar la satisfacción de saber que se ha puesto fin al último conflicto militar de Centroamérica, la guerra civil que devastó a Guatemala durante casi cuatro décadas.

a

A Centroamérica se le describe con frecuencia mediante un conjunto de lugares comunes, de percepciones prejuiciadas y algunas realidades caricaturizables. Hace muy poco tiempo, la novela de gran éxito *El Parque Jurásico*, cuya trama se desarrolla en Costa Rica,

principalmente en una de sus islas, situada en el Océano Pacífico, dio origen a una película que lleva el mismo título. Para no romper con los estereotipos, Hollywood hizo que San José, nuestra capital, apareciera como un puerto marítimo adormecido bajo una pobre vegetación de palmeras.

Como ustedes han tenido la oportunidad de constatarlo, San José se levanta en un valle situado a más de 1.000 metros de altura y, para llegar al litoral es necesario alejarse de aquí no menos de 100 kilómetros. En cuanto a la vegetación que nos circunda, espero que todos ustedes hayan echado un vistazo a través de las ventanas de sus habitaciones y hayan comprobado que consiste en algo más que algunas especies de palmeras.

Podemos fácilmente imaginarlo: si la película no hubiera tratado de dinosaurios, nos habría recordado que la región centroamericana ha sufrido a lo largo de su historia una abundancia de golpes de estado y guerras civiles tal vez sólo superada por el África postcolonial. Tal vez exageradamente, una caricatura convertida en lugar común llama a nuestra región “los Balcanes de América”. Si bien es cierto que a mediados del siglo XIX estalló en pedazos la República Federal de Centroamérica, y de ahí en adelante fueron frecuentes los conflictos militares entre los Estados independientes que la sucedieron, no podría hallarse en nuestra historia un capítulo comparable a las atrocidades de la limpieza étnica de la antigua Yugoslavia, o a los crímenes urdidos en los Balcanes en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

En cierto momento estalló, a causa de una disputa territorial entre dos estados centroamericanos, un conflicto militar que la prensa internacional llamó, con ligereza, *la guerra del fútbol*, con motivo de la coincidencia entre un agitado encuentro deportivo y el inicio de las hostilidades.

Como a casi todas las guerras, en especial a aquellas que se originan en desacuerdos que podrían ser zanjados frente a un tribunal internacional, a la guerra del fútbol se le puede considerar producto de la irresponsabilidad de los gobernantes de los países en pugna; sin embargo, no se hizo una caricatura similar cuando, años más tarde, un ciego e irracional estallido nacionalista produjo docenas de muertos en las graderías de un estadio europeo.

Con todo, lo importante es que, en la década de los ochentas, las cuestiones de la guerra y la paz dejaron de ser, en nuestra región, un tema marginal, un problema de cuya solución se encargaría el gobierno de Estados Unidos mediante una intervención militar que pasaría inadvertida para el resto del mundo. Una crisis política y militar, de connotaciones globales, sobrevino a causa de las guerras civiles de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, del choque de intereses de la Unión Soviética y de Estados Unidos en aquellos conflictos, de la desestabilización que amenazaba a Costa Rica y a Panamá, y del inminente choque armado entre Honduras y Nicaragua.

La sombra de la Guerra Fría, ya en su última etapa, fue un factor exacerbante de los conflictos militares y políticos de la región, especialmente a partir de 1979, con el advenimiento de un régimen marxista en Nicaragua. No fue por simple casualidad que, entre los pequeños Estados caribeños que se independizaron del Reino Unido después de la Segunda Guerra Mundial, el único que se vio envuelto en un conflicto político resuelto por la vía militar fue Grenada, Estado de minúsculas dimensiones donde, desde la perspectiva estadounidense, se habría instalado un régimen marxista aliado de Cuba y de la Unión Soviética. La intervención de las grandes potencias era el mayor obstáculo al que nos enfrentábamos los dirigentes centroamericanos en la búsqueda de mecanismos de

diálogo y negociación para poner fin a las guerras y amenazas de nuevas guerras en la región.

Por supuesto, el origen de aquella crisis centroamericana no se encuentra exclusivamente en la Guerra Fría. El enfrentamiento Este-Oeste tan sólo contribuyó a la internacionalización de una serie de conflictos internos cuyas raíces se encontraban en decenios de dictadura, marginación y explotación. La llegada del sandinismo al poder fue la culminación de una larga lucha del pueblo nicaragüense contra la dictadura de la familia Somoza, impuesta a Nicaragua, cincuenta años antes, tras una intervención de Estados Unidos. Aquella dictadura había reprimido todo intento de democratización de la sociedad nicaragüense y había perpetuado condiciones de miseria y explotación que, en toda lógica, tenían que desembocar en el levantamiento armado del pueblo de Nicaragua.

Los conflictos armados de El Salvador y Guatemala también fueron, en sus inicios, expresión de las reivindicaciones populares contra la explotación y la opresión. Es así como, en 1986, las guerras civiles, la intervención extranjera y la ausencia de condiciones para el desarrollo de la democracia, habían convertido a Centroamérica en un peligroso foco de tensión internacional. El obstáculo más importante que enfrentábamos los presidentes centroamericanos, en el empeño de terminar con la violencia, era la intención de la Administración Reagan de buscarle una solución militar al problema específico de Nicaragua, reducido simplistamente a la necesidad de eliminar un régimen marxista.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, un rápido desenlace militar en Nicaragua era poco menos que imposible, dado que otras potencias extrarregionales se disponían a mantener indefinidamente la ayuda económica

y militar al gobierno sandinista. Considerábamos, además, que aun en el supuesto de que las fuerzas rebeldes antimarxistas, los entonces denominados *contras*, pudieran alcanzar una victoria militar con la ayuda de Estados Unidos, el conjunto de los problemas centroamericanos quedaría sin resolver y la violencia seguiría agudizándolos en el futuro.

En estas circunstancias, tomamos la iniciativa de abrir un proceso de negociación estrictamente regional, en el cual se pudiera ventilar todos los factores que dieron origen al conflicto. Aun cuando tal iniciativa no gozó en principio del apoyo de los Estados Unidos, y fue recibida con escepticismo por muchos sectores centroamericanos, pudimos, después de un laborioso proceso de convencimiento, obtener el respaldo y la simpatía de numerosos gobiernos de todo el mundo y de la opinión pública internacional. Gracias a ello, tras la firma de los acuerdos de Esquipulas, en agosto de 1987, fue posible iniciar lo que hoy podemos considerar un exitoso proyecto de democratización y pacificación de Centroamérica.

Un aspecto singular de aquel proceso de negociación fue la temprana aceptación, por parte de todos los gobiernos del área, del principio según el cual la paz y el desarrollo de Centroamérica no serían posibles sin la vigencia de la democracia en toda la región. Hasta donde podemos recordar, no había antecedentes de un proceso de negociación multilateral, en el que este principio de primacía de la democracia se convirtiera en requisito previo a la resolución de un conflicto internacional.

Es cierto que los países ocupados por Estados Unidos y sus aliados occidentales al final de la Segunda Guerra Mundial vieron condicionada la recuperación de su independencia a la instauración de regímenes democráticos. Pero aquel fue el *diktat* de los vencedores y

no un acuerdo negociado entre partes dotadas de igual grado de autonomía. Por otro lado, al mismo tiempo ocurría la incorporación de varios países de Europa a la esfera de influencia de la Unión Soviética, lo que los condenaba ineluctablemente al totalitarismo. De tal modo que la subyugación de unos pueblos fue el precio que debió pagarse por la democratización de otros.

En Centroamérica, por el contrario, fue prioritaria la garantía de respeto a la democracia en todos los países, y este logro fue un importante aporte centroamericano al fortalecimiento mundial de la democracia y una muestra prometedora de la capacidad que tenemos de enfrentar, pacíficamente, los grandes retos políticos de nuestro tiempo. Si añadimos a esto la voluntad de integración política, social y económica expresada en el Plan de Paz de Centroamérica, nuestra experiencia ponía a prueba la organización de respuestas auténticamente latinoamericanas a las nuevas condiciones creadas por el fin de la Guerra Fría. Es un hecho alentador que la desaparición del bloque socialista haya coincidido con el fortalecimiento de la democracia en nuestra región, y no con la consolidación de regímenes de fuerza como los que, en el pasado, hicieron del anticomunismo su razón de ser.

a

En último resultado, podemos decir que en la región centroamericana se dan actualmente condiciones que podrían garantizar la paz y la vigencia de la democracia a largo plazo. En efecto, no existen motivos de tensión internacional, salvo por exiguos diferendos territoriales que pueden ser resueltos mediante el recurso al arbitraje o, siguiendo el ejemplo de la última disputa territorial entre El Salvador y Honduras, al fallo de un tribunal internacional.

Esta evaluación de las perspectivas de paz se ve enriquecida por los avances que hemos logrado en el ámbito de la desmilitarización. Costa Rica es, desde 1948, un Estado independiente que no tiene ejército. Esta condición de país desarmado se consolidó en una norma constitucional adoptada en 1949, que prohíbe la creación de fuerzas armadas y pone la seguridad ciudadana en manos de cuerpos civiles de policía. Pues bien, a sabiendas de que la eliminación total de las fuerzas armadas no es posible en todos los Estados de la región -al menos por el momento- desde la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano llevamos a cabo, en Panamá, a partir de 1990, una prolongada y laboriosa campaña para convencer al pueblo panameño y a sus dirigentes de que había llegado la hora de adoptar, en aquella república vecina, una disposición constitucional semejante. A esta campaña se unieron diversos grupos independientes y órganos de prensa panameños y, para no describir todas las incidencias del proceso, me complace recordar que, a finales de 1994, quedó incorporada a la Constitución Política de Panamá la cláusula que proscribe las fuerzas armadas. Existe, pues, una frontera entre dos países sin fuerzas armadas que, precisamente por eso, es la más segura del mundo.

Habríamos querido lograr lo mismo en Nicaragua, país en el que se propuso que la abolición del ejército tuviera lugar de manera paulatina. Lamentablemente, en lo que consideramos un acto equivocado, más bien se procedió a institucionalizar el ejército mediante la aprobación de un código militar, a nuestro juicio innecesario y anticuado. Pero, con todo, un avance fundamental fue la reducción del Ejército Popular Sandinista - hoy Ejército Nacional de Nicaragua- de unos 90 mil efectivos a solamente alrededor de 14 mil. De igual manera, el ejército salvadoreño experimentó una consider-

able disminución y, a la luz de los acuerdos que pusieron fin a la guerra civil en ese país, es de esperar que en el futuro se den mayores reducciones. En Guatemala se acordó reducir en una tercera parte el tamaño de las fuerzas armadas, y en Honduras la sociedad civil pugna por reducir la influencia política y económica de unas fuerzas armadas que adquirieron preeminencia y privilegios excesivos durante la crisis centroamericana.

a

En lo que se refiere a la democratización, es muy alentador el hecho de que, a partir de 1990, todos los gobiernos de Centroamérica se hayan originado en procesos electorales legítimos, la mayoría de ellos realizados bajo rigurosa observación internacional. Esta legitimidad electoral de los diversos regímenes, y el significativo proceso de desmilitarización que he descrito, son dos factores de mucha importancia para la consolidación de la paz en la región. Sin embargo, no podemos decir que las causas profundas de la inestabilidad y la guerra hayan sido superadas.

La paz no es simplemente la ausencia de guerra. La paz se alcanzará realmente cuando se hayan eliminado las causas más profundas de la violencia. Mientras prevalezcan la miseria y la injusticia, la violencia tendrá su propia justificación. Para los pueblos de Centroamérica, al igual que para el resto de los países en vías de desarrollo, la consolidación de la paz no será posible mientras no se hayan superado la desigualdad y la pobreza.

Los grandes problemas de miseria, enfermedad, ignorancia, opresión y violencia que agobian a nuestra región requerirán, en el mejor de los casos, decenios antes de ser superados. Es urgente encontrar nuevos caminos que

conduzcan cuanto antes a la solución de esos problemas, pues en las condiciones actuales nuestros pueblos podrían ser empujados, por la frustración y la impaciencia, a buscarle alternativas a la democracia.

Descubrimos ahora que, si bien la primacía del sistema democrático no se discute, nos ha llegado la hora de preguntarnos por cuánto tiempo y en qué medida están los pueblos dispuestos a soportar la miseria para no estorbar a la democracia. Y las sociedades más desarrolladas, aquellas que más esperarían ganar con la estabilidad global, les llegó la hora de preguntarse cuán permanentes serán su esplendor y su opulencia en un mundo en el que las mayorías recorren el camino del desarrollo humano en sentido equivocado.

Descubrimos que nuestra nueva democracia está naciendo de un parto lleno de dolor, contaminado por la violencia, el hambre, el crimen, la droga, la falta de vivienda, la corrupción, la insalubridad, la insuficiencia educativa, la desatención del niño, la mujer y el anciano, la explosión demográfica, y el deterioro ambiental.

Pero lo que constituye el peligro fundamental para nuestra democracia es el abismo creciente entre la abundancia de unos pocos y la carencia de las grandes mayorías. Tras casi dos siglos de independencia, en América Latina hay cien millones de personas obligadas a vivir con un ingreso diario de un dólar, mientras que en cualquier lista de las fortunas más grandes del mundo aparecen las de muchos latinoamericanos. En cierto país latinoamericano, veinticuatro multimillonarios poseen más riqueza que los veinticuatro millones de ciudadanos más pobres.

La pobreza y la desigualdad constituyen, sin duda, el mayor reto al que deberán enfrentarse desde ahora mismo

nuestras sociedades. Debemos aceptar que, con el fracaso de la economía planificada -fracaso económico por no haber alcanzado la eficiencia, y fracaso político por revelarse incapaz de dar sustento a la democracia-, revive el ideal de más de doscientos años de que la economía de mercado y el libre comercio ofrecen las mejores posibilidades de aumentar los niveles del desarrollo humano. Hago énfasis en que el mercado y la apertura comercial generan posibilidades, no certezas. La transformación de esas posibilidades en certezas dependerá de que no se sustituya el maniqueísmo de la Guerra Fría por un mundo monocromático, fatalmente resignado a la desigualdad. La suerte de las personas y de las naciones no puede depender exclusivamente de los resultados de la competencia entre intereses y egoísmos particulares.

a

En el diagnóstico sobre los males de nuestra región y, en general, del mundo en vías de desarrollo, hay un lugar especial para la corrupción. En cualquier intento por darle a nuestro futuro una meta y un sentido, debe figurar la lucha por la transparencia, la veracidad y la credibilidad de quienes dirigen la vida política y económica.

Si la corrupción ha traído inestabilidad a algunas de las consolidadas democracias parlamentarias de Europa, para las vulnerables o nacientes democracias latinoamericanas representa una grave amenaza. Es lamentable que todavía exista en algunos países desarrollados la práctica fiscal de reconocer a sus empresas, como gastos legítimos, los montos dedicados a pagar comisiones y sobornos a dirigentes y funcionarios gubernamentales extranjeros. Esta práctica estimula la corrupción, de manera especial en los países en vías de desarrollo. Tal vez resulte ocioso repetir,

ante tan culto público español, aquellos conocidos versos de la poeta mexicana Sor Juana Inés de la Cruz:

*¿A cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga:
el que peca por la paga
o el que paga por pecar?*

a

Ustedes se han reunido aquí inspirados en el deseo de promover, mediante el fortalecimiento del derecho internacional y la institucionalidad democrática de los estados, la paz y la justicia, fines fundamentales del Sistema de las Naciones Unidas. Los costarricenses sabemos, por experiencia propia, que los países en vías de desarrollo son los que más dependen de la vigencia del derecho internacional. Son nuestros países los llamados a propiciar el fortalecimiento de las instituciones jurídicas que lo garantizan.

El proceso de pacificación de Centroamérica tuvo como base jurídica, no solo la soberanía de cinco pequeños estados, sino un acuerdo de paz que contó con el más amplio reconocimiento de la comunidad internacional. Ese instrumento fue moralmente superior a todas las presiones externas que se oponían a la causa de la paz. He repetido que el primer muro en caer no fue el de Berlín. El primer muro que se derrumbó fue el muro de la incomprensión en Centroamérica. La destrucción de mitos y prejuicios sobre la invariabilidad de los límites ideológicos y sobre la imposibilidad del cambio no violento comenzó en Centroamérica. Fue aquí donde, por primera vez, un régimen marxista, producto de una revolución violenta, se sometió a la buena fe del diálogo y a las reglas del juego

democrático. Hasta entonces, esta posibilidad se tenía por impracticable, al atribuírsele al marxismo una fortaleza y una voluntad de supervivencia que más tarde se revelaron falsas en todo el mundo. En la mesa de negociaciones de Esquipulas, los presidentes centroamericanos asociamos por primera vez, de manera efectiva, la libertad electoral, el respeto a los derechos humanos y la renuncia expresa al uso de la fuerza, con el concepto de legitimidad de los gobiernos. En aquella oportunidad, manifestamos de manera explícita la necesidad de desarmar y desmilitarizar nuestras sociedades. Aquella determinación de bajar al máximo el gasto militar en nuestros países y dedicar el ahorro a la inversión social partió, obviamente, de un juicio ético. Pero su origen también se hallaba en una reflexión sobre la importancia de la educación en el desarrollo de los pueblos.

Mientras nuestras sociedades no estén dispuestas a realizar un esfuerzo masivo de inversión en la educación permanecerán inevitablemente ancladas en el subdesarrollo económico, el autoritarismo político y la desintegración social.

Existe un virtual consenso, hoy, en afirmar que el nivel educativo es la variable más determinante para predecir la prosperidad económica futura de individuos y naciones. Asimismo, la disparidad de oportunidades educativas es el factor que mayor peso tiene en la generación de desigualdades sociales. Es imprescindible educar para consolidar la democracia, para que los habitantes se conviertan en ciudadanos, para que desechemos, de una vez por todas, una ficción que viene arrastrando América Latina desde los días de la Independencia: la creencia de que es posible fundar repúblicas sin republicanos.

Es necesario educar para evitar, hasta donde sea posible, que nuestros pueblos sucumban al verbo fácil de

demagogos y déspotas, para que conozcan sus derechos y responsabilidades cívicas, reclamando los unos y cumpliendo las otras con plena conciencia de su significado.

Nuestro futuro depende, más que de cualquier otro factor, de que nuestras sociedades entiendan la urgencia de emprender esta cruzada. De que nuestros líderes comprendan que esta tarea requiere de recursos abundantes, cuya obtención, sin ser imposible, sí va a demandar el coraje de tomar decisiones políticas difíciles, como reformar los sistemas tributarios y reducir al mínimo el gasto militar. Ello solo será posible si nuestros políticos asumen una visión histórica, si son capaces de plantearse el futuro mucho más allá de las próximas elecciones. Nuestros dirigentes deben entender que, hoy más que nunca, gobernar es educar.

a

Hoy, muchos de los pueblos más pobres del mundo continúan sufriendo los efectos de innumerables conflictos bélicos, exacerbados por la avidez comercial de los proveedores de armas. En el momento actual el mayor vendedor de armamentos es Estados Unidos, pero cada guerra civil o internacional contemporánea es un abigarrado catálogo de armas fabricadas, principalmente, por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Por ello, hoy dedico buena parte de mi tiempo y mis energías a promover la adopción de un Código Internacional de Ética sobre la Transferencia de Armas. A este esfuerzo se han unido un comité integrado por numerosas personas y organizaciones laureadas con el Premio Nobel de la Paz. Hace pocos días, varios miembros de ese comité me acompañaron, en Nueva

York, en la presentación del texto de ese código, que esperamos sea introducido algún día en la agenda de las Naciones Unidas.

América Latina y el Caribe es la región del mundo que más se ha desarmado después de la Guerra Fría. Pero este hecho no debe ser tomado como argumento para descartar nuevas reducciones del gasto militar ni, mucho menos, para justificar adquisiciones de armas de alta tecnología, susceptibles de desatar una dispendiosa carrera armamentista. Todavía existen en la región arsenales y contingentes exagerados, absolutamente innecesarios y cuyo mantenimiento representa una lamentable desviación de los escasos recursos que se podrían destinar a la satisfacción de las necesidades más básicas de nuestras sociedades. En tales circunstancias, la pobreza, el mayor enemigo de la democracia y del desarrollo humano de nuestros países, no cesa de crecer.

En el momento actual también se dan en nuestra región excelentes condiciones para promover acuerdos multilaterales y regionales que limiten la adquisición de armas. Siempre hemos condenado a los países productores y exportadores de armas, cuya avidez comercial es la causa más importante del elevado gasto militar de los países en vías de desarrollo. Las adquisiciones de armas en nuestra región se originan muchas veces en la gestión de contratos por parte de las industrias productoras y, con frecuencia, en la cínica presión diplomática de los países donde están establecidas esas industrias. Es paradójico que las naciones desarrolladas justifiquen el tráfico de armas presentándolo como su respuesta natural a una demanda existente, en tanto que, en el caso del tráfico de drogas, exigen que las restricciones se den en el lado de la oferta.

Hace pocas semanas, en una reunión del Consejo de Mandatarios Libremente Electos de América, efectuada en

la ciudad de Atlanta, Georgia, propuse que ese Consejo solicite a los países exportadores de armas que pongan freno a la incitación al armamentismo que mantienen sobre las naciones más pobres del mundo. Creo que ha llegado la hora de que los países compradores pongan de su parte, mediante acuerdos regionales que, por encima de las presiones publicitarias o diplomáticas, permitan reducir y controlar la compra de armas. Propuse, además, que los países latinoamericanos adopten una moratoria de dos años sobre la adquisición de armas de alta tecnología, tiempo que deberá ser aprovechado para negociar un tratado que comprometa a los gobiernos de la región a no adquirir ese tipo de armas.

Estas iniciativas, acogidas por el Consejo y sometidas de inmediato a la consideración de los gobiernos de América Latina y el Caribe, son de urgente necesidad por cuanto se vislumbra como inminente el levantamiento, por parte del gobierno de Estados Unidos, de la prohibición de suministrar aviones de alta tecnología a América Latina. De hecho, la empresa Lockheed-Martin ya ha sido autorizada para que inicie una negociación preliminar con Chile para la venta de 24 aviones F-16 al costo de no menos de 25 millones de dólares por aparato. Eliminar esta restricción, adoptada por la Administración Carter cuando la región estaba salpicada de dictaduras, tendría como consecuencia el inicio de una trágica carrera armamentista en América del Sur. Trágica, no solo porque reaparecerían las ahora casi inexistentes posibilidades de que estallen en la región conflictos internacionales, sino también porque eso significaría inevitablemente un aumento de la pobreza y el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de los latinoamericanos. Las democracias que han emergido en nuestra región continúan siendo frágiles. Nuestros niños necesitan escuelas y no tanques ni aviones de combate.

a

El respaldo del sector académico a las Naciones Unidas es, hoy más que nunca, indispensable. Debemos lamentar que dentro de importantes instituciones políticas, como el Congreso de Estados Unidos, haya todavía dirigentes que persistan en socavar el Sistema de la ONU mediante el condicionamiento de las contribuciones financieras. Tal actitud dista mucho del ejemplo constructivo que le corresponde dar a la nación que hoy ejerce un indiscutible liderazgo mundial. Sin embargo, tengo fe en la capacidad de ustedes para contrarrestar, con su apoyo a la ONU, las presiones y las amenazas provenientes de los políticos poco comprensivos. Por ello, me uno con entusiasmo a las expresiones de reconocimiento a la labor de ACUNS que figuran en el mensaje enviado a esta Asamblea por el señor Secretario General de la ONU.

